

“ACORDÓ DE ENCANTAR LA ISLA DE TAL  
MANERA QUE NADIE LA PUDIESSE FALLAR”.  
REESCRITURAS DEL MITO DE LA ISLA  
INALCANZABLE EN EL GÉNERO DE  
LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS

@

STEFANO BAZZACO

Università degli Studi di Verona

RESUMEN: En el estudio se presenta el mito de la isla inalcanzable y se investigan las distintas concepciones que fundamentaron su origen. La cristalización de las características que conformaron el tema se indaga en relación con varias obras antiguas, con el objetivo de entroncar las distintas representaciones del mito con las imágenes de islas encantadas e inaccesibles que abundan en las páginas de los libros de caballerías castellanos.

ABSTRACT: In this article we present the myth of the unreachable island and we examine the different conceptions that substantiate its origin. The crystallization of the features that characterized the topic is studied in relation to some ancient literary works, in order to connect several representations of the myth to the images of enchanted and inaccessible islands that abound in Spanish chivalric fiction books.

Algunas islas, reales o imaginadas, a causa de su lejanía con el mundo conocido y frecuentado por los hombres

| @ |  
i |

han sido desde la Antigüedad el lugar privilegiado para la exhibición de lo maravilloso. En toda civilización se impusieron a estos espacios las más extraordinarias características: unas, por ser fértiles y abundosas, parecían jardines del Edén implantados en la superficie terrestre; otras, por su desolación o su funesta naturaleza, pasaban por lugares demoníacos; otras asimismo se identificaron con la patria de civilizaciones capaces de desarrollar una tecnología muy avanzada, la más famosa la de Atlántida, cuyo rastro se perdió hundido en las profundidades del océano.

Dentro de este conjunto, una isla legendaria que a su antojo aparece y desaparece frente a los ojos de los incrédulos marineros ha llegado a identificarse con un mito insular universal. Se trata de un lugar encantado, colocado en los límites del mundo frecuentados por los hombres, que se conoció con varios nombres —los más famosos quizás fueron los de *Ínsula No Hallada* o *Non Trubada*<sup>1</sup>—, que encierra una extraordinaria riqueza de tópicos folclóricos y novelescos, fruto cada uno de la incidencia de diversos tipos poéticos y creencias.<sup>2</sup>

En la cultura occidental, los primeros atisbos del mito de tal isla inalcanzable deben colocarse en las regiones remotas del Mare Nostrum. Sin embargo, con el paso del tiempo, toma cuerpo una progresiva oceanización de los motivos asociados a este tópico: Martínez al respecto habla del desarrollo de un *imaginario insular atlántico* y menciona todo un conjunto de islas maravillosas que componen las fronteras del mundo grecolatino, que se extendía de las re-

<sup>1</sup> La isla, de acuerdo con las diferentes funciones que le atribuían las tradiciones históricas, geográficas y literarias de cada época, se conoció con las siguientes denominaciones a lo largo de la historia: Aprositus, Inaccesible, Flotante, Non Trubada, No Hallada, Encantada, Encubierta, Isla de las Siete Ciudades, Antilia, Isla de San Brandán (San Borondón en el ámbito canario). Para las denominaciones propuestas cf. Marcos Martínez, “El mito de la isla perdida y su tradición en la historia, cartografía, literatura y arte”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, núm. 16, 1998, p. 144.

<sup>2</sup> Vid. M. Martínez, *op. cit.*, p. 144; Chet Van Duzer, “Floating Islands Seen at Sea: Myth and Reality”, *Anuário do Centro de Estudos de História do Atlântico*. Madeira, 2009, pp. 111-112.

motas regiones africanas a las del norte de Europa.<sup>3</sup> De esta forma, sucesivas reinterpretaciones del mito proporcionaron un progresivo abandono de los espacios mediterráneos, difuminando también los confines de un tópico cultural y literario que se transmitirá de forma heterogénea durante toda la Edad Media.

En fin, con el ensanchamiento de los horizontes que proporcionó la época de los grandes descubrimientos, el tópico de la isla inalcanzable llegó a permear de manera indeleble también el imaginario de la ficción renacentista. Es propiamente dentro de uno de los géneros más difundidos y leídos del periodo, el de los libros de caballerías, que se encuentran sorprendentes reescrituras del mito de la isla inalcanzable, a imitación de la famosa *Ínsula no Hallada* de Urganda la Desconocida, maga madrina del *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo.<sup>4</sup>

El presente trabajo, fruto de una investigación todavía en proceso, pretende justamente señalar las huellas del mito de la isla inalcanzable dentro de un corpus caballeresco que va del *Amadís* a las obras publicadas alrededor de la mitad del siglo XVI con el fin de indagar de qué manera los autores del género caballeresco supieron aprovechar el tópico antiguo adaptándolo al gusto de los tantos lectores que buscaban en la ficción caballeresca el puro placer del entretenimiento y de la diversión.

### ***Los orígenes del mito de la isla inalcanzable***

Si se considera la abundante concentración de islas en el área del Mediterráneo oriental, no sorprende que en los textos griegos aparezcan varios espacios insulares cuya

<sup>3</sup> Cf. M. Martínez, *op. cit.*, pp. 145-146.

<sup>4</sup> Vid. Simone Pinet, “El *Amadís de Gaula* como arte de marear. En torno a la *Ínsula No Fallada*”, *Medievalia*, 31, 2000.

naturaleza es con frecuencia asociada a lo maravilloso y sobrenatural.

En ocasiones, tales lugares son afines al tipo mítico de la isla inalcanzable. El ejemplo más lejano, quizás, es el de la Isla de Eolo visitada por Ulises en el décimo capítulo de la *Odisea*. Fijamos en un primer momento nuestra atención en las características que definen la isla del poema homérico:

Llegamos a la isla Eolia, donde moraba Eolo Hipótada, caro a los inmortales dioses, *isla flotante, a la cual cerca broncíneo e inquebrantable muro, y en cuyo interior álzase escarpada roca*. Todos [...] disfrutaban de *un continuo banquete* en el que se les sirven muchísimos manjares. Durante el día percíbese en la casa el olor del asado y resuena toda con la flauta; y por la noche duerme cada uno con su púdica mujer sobre tapetes, en torneado lecho. Llegamos, pues, a *su ciudad y a sus magníficas viviendas*, y Eolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes.<sup>5</sup>

El carácter inaccesible de la isla, como ilustra el fragmento, se asegura por la reiteración de varios motivos narrativos. Desde fuera, la Isla de Eolo está cercada por un muro impenetrable, mientras que una escarpada roca resguarda su interior. Es allí que, en un clima de perpetua bonanza, se halla una reducida colectividad que vive feliz, disfrutando continuamente de deleitosos banquetes, perfumes y sonidos. Es evidente que a través de esta descripción se está proporcionando la imagen de un lugar idílico y fértil, una suerte de paraíso terrenal inaccesible a los mortales.

Lo que me parece más relevante destacar es un primer elemento asociado a la naturaleza misma de la isla, que en la traducción propuesta se califica como “flotante”. Al respecto, la movilidad del atolón podría estar relacionada con los poderes de Eolo, divinidad que controla el soplo de los vientos; pero es probable que tal condición derive de distin-

<sup>5</sup> Homero, *Odisea*. Trad. de J. M. Pabón. Introd. y rev. de M. Fernández-Galiano. Madrid, Gredos, 1982, canto X, vv. 1-13, cursivas mías.

tas tradiciones y leyendas traídas por marineros y navegantes que de manera más o menos directa inspiraron la redacción del episodio homérico.<sup>6</sup> De hecho, no está claro si la isla efectivamente se mueva empujada por la brisa, o si el aislamiento del lugar esté subordinado a otras circunstancias, como el peligro causado por la concentración de los vientos en las angosturas de sus paredes rupestres. La palabra griega empleada por el autor es un término de dudosa interpretación: en su primera acepción significaría isla *navegada*, es decir que se puede alcanzar, o más bien que está en contacto con el *epos* de localidades visitadas por los griegos; sin embargo, ya con Aristarco el término sería más bien considerado un sinónimo de *transportada*, es decir llevada por las corrientes marinas.<sup>7</sup> Estaríamos así frente a una isla navegante, inalcanzable a causa de su continuo vagar hacia las más distantes regiones del Mediterráneo, que es teatro de sus continuos desplazamientos.

La isla de Eolo, nombrada también en las *Argonáuticas*, en la *Eneida* y en las *Fábulas* de Higino, no representa sin embargo un caso aislado dentro de la cultura helenística. Ya en tiempos anteriores, entre geógrafos y cosmógrafos griegos se documentaba una convicción bastante difundida que preveía que las islas aparecieran o desaparecieran en función de las oscilaciones oceánicas y de los astros,<sup>8</sup> al mismo tiempo que ya un glosador de la obra de Apolonio de Rodas registró la curiosa creencia de que todas las islas en principio eran flotantes. Al respecto, recuérdese que Calí-

<sup>6</sup> Cf. Massimo Giuseppetti, “Delo πλαζομενη πελαγεσσι (Call. hymn. 4, 192) e il problema delle ‘isole vaganti’ da Omero all’esegesi ellenistica”, en Antonio Martina y Adele-Teresa Cozzoli, eds., *Callimachea I. Atti della prima giornata di studi su Callimaco*. Roma, Herder, 2006, pp. 198-199.

<sup>7</sup> Giuseppetti en su estudio apunta a cuatro diferentes acepciones del atributo griego asociado a la isla, distinguiendo entre “flotante”, “natante”, “portada por el mar/vagante” y “navegable”. Aquí, sin embargo, se ha preferido agrupar las definiciones en dos bloques más extensivos que apunten a dos aspectos determinantes referidos al enclave: en primer lugar, su continuo desplazamiento y, en seguida, su desaparición a la mirada de los navegantes y viajeros (*op. cit.*, pp. 209-210).

<sup>8</sup> Lacarra y Cacho Bleuca relacionan esta convicción con la desaparición de Atlántida (María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Bleuca, *Lo imaginario en la conquista de América*. Zaragoza, Ediciones Oroel, 1990, p. 11).

maco asignaba esta característica a la Isla de Delos, la isla navegante que cesó de surcar las olas por voluntad de los dioses y que se convirtió en la cuna de Apolo.<sup>9</sup> Delos, de la misma manera que la isla de Eolo, representa, pues, un lugar sagrado y flotante, literalmente “sin pies en el suelo”, que los comerciantes griegos en sus travesías decían haber divisado, pero que al regresar a su patria ya no sabían encontrar.<sup>10</sup> Entonces, por su fantasmal naturaleza, la isla inalcanzable pasó también a percibirse como un espacio mítico perdido, vestigio de una época dorada en que todas las islas flotaban.<sup>11</sup>

Sería justamente de esta acepción —es decir, la caracterización de nuestra isla como “perdida”— que se desprende otra creencia antigua. Al respecto, una recopilación de *mirabilia* atribuida erróneamente a Aristóteles, cuyo núcleo principal se imagina escrito alrededor del siglo III antes de Cristo, fundamenta la existencia de una tierra abundosa y olvidada ubicada más allá de las Columnas de Hércules.<sup>12</sup> El redactor de estos relatos maravillosos demuestra una singular atención por el mundo insular occidental, y en su percepción, derivada quizá del historiador siciliano Timeo, hay una isla atlántica descubierta por los fenicios y ocupada por los cartagineses. La favorable situación de la isla en las periferias del mundo conocido implicó que su exacta localización fuese celosamente resguardada, hasta que el go-

<sup>9</sup>“Roca golpeada por las olas, tierra ventosa y firme, más accesible para las gaviotas que para los caballos, está apoyada sobre el mar, que gira inmenso alrededor, dejando en ella abundante espuma de agua Icaria. [...] Si infinidad de cantos circulan sobre ti, ¿con cuál te relacionaré? [...] ¿Acaso cómo, en los orígenes, un gran dios, golpeando las montañas con su tridente, obra de los Telquines, fabricó las islas marinas, las levantó a todas desde sus bases y las precipitó en el mar? Y allí en lo más profundo, las enraizó, para que se olvidaran del continente. A ti, en cambio, no te oprimió la necesidad; navegabas a tu capricho por los mares. [...] Los navegantes te impusieron el nombre de Delos a cambio del de Asteria, porque ya no surcabas las aguas invisibles a sus ojos y habías echado raíces en las olas del Mar Egeo” (Calímaco, *Himnos*, canto IV, vv. 11-54, pp. 34-37).

<sup>10</sup> Vid. M. Giuseppetti, *op. cit.*, pp. 197-198.

<sup>11</sup> Del mismo modo, el filósofo Lieh Tzu imaginaba las cinco islas arquetípicas de la mitología china como flotantes (cf. C. Van Duzer, *op. cit.*, p. 113).

<sup>12</sup> Pseudo Aristóteles, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*. Trad., introd. y notas de F. J. Gómez Espelósín. Madrid, Gredos, 1996.

bierno de Cartago decidió matar a sus mismos ciudadanos instalados allí para que nadie pudiese jamás llegar a conocer la ubicación de ese lugar.

Esta vez, como señalamos, la leyenda pone el acento sobre el abandono y sucesivo olvido de la isla: toma forma así otro motivo que afectó de manera indeleble la imaginación de los autores antiguos y modernos. Los ejemplos son numerosos: Estrabón, por ejemplo, anota la presencia de unas islas olvidadas cerca de las costas de Iberia,<sup>13</sup> mientras que Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca histórica* brinda la existencia de unos lugares edénicos perdidos que, por sus bellos jardines y jugosos frutos, se parecen a la residencia de los dioses.<sup>14</sup> De igual modo, Ptolomeo, al describir en su *Geografía* las islas situadas en la porción más occidental del mundo conocido, habla de una isla perdida que es imposible alcanzar: se trata, en opinión del geógrafo griego, de una isla cercana al archipiélago de las Afortunadas (identificadas con Canarias), un atolón imposible de encontrar llamado Aprositos.<sup>15</sup>

El entero coacervo de noticias y leyendas ligadas a la isla inalcanzable que acabamos de comentar se transmitió a la cultura latina sobre todo a través de las refundiciones de textos antiguos. Sin embargo, con el paso de los siglos se asistió a una acumulación en ocasiones inmotivada de rasgos pertenecientes a diferentes creencias, que los eruditos latinos decidían integrar en sus textos para acreditar unas visiones totalizantes del mundo. Es el caso, por ejemplo, de Isidoro de Sevilla, quien en sus *Etimologías* anotaba la existencia de por lo menos cinco islas y dos archipiélagos

<sup>13</sup> Estrabón, *Della Geografia. Libri XVII. T. 2*. Trad. de F. Ambrosoli. Milán, ed. P. A. Molina, 1832, p. 323.

<sup>14</sup> Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, libro V. Ed. de J. Lens Tuero *et al.* Madrid, Ediciones Clásicas, 1995.

<sup>15</sup> Ptolomeo, *Geografía*, libro IV, tabla III, fol. 210v. La identificación de la isla inalcanzable con un atolón del archipiélago canario constituiría en épocas más cercanas la base para la invención del mito nacional de San Borondón. Véanse al respecto M. Martínez, *op. cit.*; María Ángeles Chaparro Domínguez, “Revisión del mito geográfico de San Borondón y aproximación a su huella en la literatura y otras artes”, *Revista de Filología Románica*, vol. 30, núm. 2, 2013, pp. 229-244.

en los mares occidentales.<sup>16</sup> Entre las islas citadas, como era previsible, aparecían Thule, “la última isla del océano, entre el norte y el occidente, más allá de la Bretaña” y las Islas Afortunadas, colocadas en las cercanías del océano que bañaba las regiones de Mauritania, y cuyas tierras, se aseguraba, eran fecundas como las del paraíso terrenal.

En opinión de Martínez, es a partir de las antiguas sugerencias grecolatinas que todo el Atlántico, de arriba abajo, quedaría “plagado de una rica mitología insular a la que pertenecen temas tan conocidos como las Islas de los Bienaventurados, las Islas Afortunadas, el Jardín de los Hespérides, los Campos Elisios, la Atlántida, el Paraíso”.<sup>17</sup> Todos estos lugares se calificaban, pues, como ejemplos (reales o imaginarios) de un espacio atlántico mitológico, que iba desde Islandia hacia las Islas de Cabo Verde, al que con el tiempo se asociaron las más extraordinarias características. De esta manera, las islas atlánticas pasaron a ser el referente real de un imaginario exótico y utópico, a veces relacionado con la magia y la superstición; y es propiamente dentro de estos patrones que debemos interpretar las posteriores manifestaciones de la isla inalcanzable, hasta la incorporación del mito al imaginario de la ficción renacentista.

### ***La isla residencia del sabio encantador: el tópico de la isla inalcanzable y sus réplicas caballerescas***

Entre los géneros de ficción del Renacimiento que proporcionan una imagen de la isla inalcanzable, uno de los más interesantes es quizás el de los libros de caballerías, porque en estas obras al papel de la magia se superpone el asombro provocado por la ampliación de los horizontes

<sup>16</sup> Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, t. 2, libro XIV, 6, pp. 193-203.

<sup>17</sup> Cf. M. Martínez, “La isla inaccesible en el *Polexandre* de Gomberville”, *Fortunatae: Revista Canaria de Filología, Cultura y Humanidades Clásicas*, núm. 16, 2005, pp. 181-182.



del mundo. La atención se dirige en estos textos hacia una otredad nueva, hecha de especies animales y vegetales desconocidas, pero también de arquitecturas extrañas y de edificios insólitos que conquistadores y misioneros veían moviendo sus primeros pasos por el Nuevo Mundo. Por este doble camino, entonces, la maravilla no perdía su atractivo y, aunque desplazada a las regiones de lo exótico y de lo insólito, seguía sugestionando las mentes de los lectores e inspirando las aventuras personales de exploradores y viajeros.

Sin embargo, si se toma en consideración la relación genética que subsiste entre las obras caballerescas y la cercana materia artúrica, habrá que partir de las obras bretonas para explicar la penetración del motivo de la isla inalcanzable al género caballeresco castellano. Al respecto, la representación insular que tuvo que influenciar de manera generalizada el imaginario de los libros de caballerías pudo ser la de Avalón, el lugar legendario donde se decía reposaba el rey Arturo después de haber sido mortalmente herido en la batalla de Camlann.

Avalón, descrita en los textos de la tradición bretona como un enclave paradisíaco donde los manzanos daban todo el año sabrosos frutos, representaba un espacio feérico regido por leyes extrañas a los mortales.<sup>18</sup> Recuérdense al respecto las características asociadas a la isla en el *lai Lanval* de María de Francia, donde Avalón se presentaba como un reino encantado al que el héroe podía ingresar sólo a pacto de abandonarse con un hada a un amor libre de convenciones, sin contar que otros relatos colocaban allí la residencia de ocho magas curanderas hermanas de Morgana.<sup>19</sup> Sería justamente por medio de estas alusiones que

<sup>18</sup> Cf. Susanna Ja Ok Hönig, “Algunas notas sobre hadas, magas y sabias en las novelas de caballerías”, en Juan Manuel Cacho Blecua, coord.; Ana Carmen Bueno Serrano, Patricia Esteban Erlés y Karla Xiomara Luna Mariscal, eds., *De la literatura caballerescas al “Quijote”*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, p. 284, nota 1.

<sup>19</sup> Vid. S. Ja Ok Hönig, *op. cit.*, pp. 184-185; Ramón García Pradas, “Sobre el conflicto entre lo maravilloso y lo real en los *Lais* de Marie de France”, *Estudios Humanísticos. Filología*, núm. 26, 2004, p. 100. Nótese cómo la permanencia

Avalón acabó por percibirse como un espacio fabuloso trascendente, al igual que el Jardín de los Hespérides, la Isla de los Beatos u otras islas legendarias de la tradición antigua.

## La Ínsula no Hallada de Urganda

Ahora bien, si pasamos al género caballeresco castellano, es evidente cómo Montalvo haya explotado la imagen de Avalón para concebir su propia imagen de la isla inalcanzable. La Ínsula no Hallada amadisiana, en efecto, guarda en sus primeras apariciones una estrecha relación con el lugar imaginario de la tradición bretona, de la cual mantiene por lo menos el carácter feérico y sobrenatural.

Al respecto, es reveladora la primera descripción de la isla que se da en las páginas del segundo libro de Amadís, en ocasión de la convalecencia de Galaor y el rey Cildadán en la isla de Urganda la Desconocida. El autor relata cómo los dos personajes, heridos a muerte en batalla, son colocados en un barco encantado por unas misteriosas doncellas y llevados a la residencia de la maga. Después de tres días, cuando los caballeros recuperan el conocimiento, se describe el asombroso lugar: “fallóse en la bóveda de una gran torre, en una rica cama echado cabe una finiestra. [...] Y miró por la finiestra, sacando la cabeça, y vio la mar y que allí donde estava era una muy alta torre, assentada en una brava peña, y semejóle que la mar la cercava de las tres esquinas”.<sup>20</sup>

amorosa en la isla nos lleva también a considerar la presencia de otros escenarios novelescos aptos a que las hadas instauraran allí sus escondidas residencias. Tales, por ejemplo, son los famosos países bajo las olas celtas (de los que deriva el episodio del Lago Solfareo del *Libro del caballero Zifar*) y las montañas encantadas que, por su aislamiento y lejanía con el mundo civilizado, siguieron constituyendo unas variantes de un mundo maravilloso ilocalizable. Todos estos enclaves inalcanzables, que por su carácter maravilloso debieron de constituir una forma de utópica evasión para los lectores, no son completamente distintos en su representación y función del tipo insular que aquí consideramos.

<sup>20</sup> Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*. Ed. de J. M. Cacho Bleuca, Madrid, Cátedra, 1987, libro II, 59, t. I, p. 834.

Como se puede observar, los rasgos que caracterizan la Ínsula no Hallada de Urganda son muy cercanos a los transmitidos por la tradición de la isla inalcanzable, ya que el paisaje reproduce los motivos más difundidos relacionados con ese espacio legendario. Se trata en efecto de un lugar ilocalizable por los navegantes, rodeado por una inmensa extensión acuática y ubicado encima de unas altas paredes rocosas que resguardan su acceso.

A estos caracteres principales se suman otros elementos típicos del mito. En primer lugar, Montalvo propone una peculiar interpretación de la relación amorosa con un ser del otro mundo, intensificando la ligazón con el universo feérico (en esta ocasión, sin embargo, son dos jóvenes mujeres sobrinas de Urganda que se entretienen con los héroes y dan a la luz unos hermosos príncipes cristianos). A ello habrá que sumarse la presencia en el interior de la isla de unos extraños edificios: una torre y una casa, colocada en medio de un misterioso vergel:

se falló dentro en una huerta, en una casa de rica labor que sobre cuatro pilares de mármol se sostenía, cerrada de pilar a pilar con unas fuertes redes de fierro, así que la huerta, desde una cama donde él echado estava, se parecía, y lo que él pudo alcanzar a ver semejóle ser cercada de un alto muro, en el cual había una puerta pequeña cubierta de foja de fierro.<sup>21</sup>

Como se puede notar, el lugar se concibe como una mezcla entre lo feérico y lo artificial, una combinación a la que con frecuencia nos acostumbran muchas de las obras del género caballeresco. Piénsese por ejemplo en los tantos artefactos mágicos descritos en otros libros o, sin ir más lejos, en la misma caracterización de Urganda, quien desde su primera aparición manifiesta una dúplice esencia, por un lado relacionada con el mundo feérico —relegado a sus fugaces apariciones silvestres y a sus poderes transformativos, resumidos en el apodo de ‘desconocida’—, por otro con

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 833.

una dimensión de tipo mágico-intelectual. De hecho, como ha sido demostrado por varios estudiosos, un intento de racionalización de los poderes de la maga madrina se hace patente en la construcción del personaje de la encantadora amadisiana;<sup>22</sup> por ello no sorprende que también su residencia insular acoja ambas propiedades.

En resumidas cuentas, pues, se puede sostener que la Ínsula no Hallada, como su misma onomástica atestiguaría,<sup>23</sup> es a todos los efectos un enclave del tipo de la isla inalcanzable. No obstante, parece que Montalvo haya aprovechado un nombre bien sonante de la tradición para someter el tópico a sus propias necesidades narrativas: es decir, la ocultación de dos personajes heridos, su curación y la prosecución de sus respectivos linajes. De esta manera supo combinar el recuerdo del mito con otros elementos más propios de la tradición caballeresca, dejando en manos de sus seguidores un modelo insular que prometía amplias posibilidades narrativas.

De hecho, la Ínsula no Hallada de Urganda, nombrada nuevamente a finales de las *Sergas de Esplandián*,<sup>24</sup> acaba por constituir un motivo tópico dentro del universo de ficción trazado por los libros posteriores del ciclo amadisiano. En el *Lisuarte* de Juan Díaz, por ejemplo, la isla es descrita

<sup>22</sup> Señalamos aquí por lo menos los trabajos de Axayácatl Campos Rojas, “La Infanta Melia: un caso de vida salvaje, intelectualidad y magia en *Las sergas de Esplandián*”, en Andrew M. Beresford y Alan Deyermond, eds., *Proceedings of the Ninth Colloquium*. Londres, Department of Hispanic Studies Queen Mary and Westfield College, 2000, y María Luzdivina Cuesta Torre, “Magos y magia, de las adaptaciones artúricas a los libros de caballerías”, en E. Lara y A. Montaner, coords., *Señales, portentos y demonios: la magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*. Salamanca, SEMYR, 2014. Véanse al respecto también las consideraciones de Ja Ok Hönig, (*op. cit.*, pp. 289-291) acerca de las distintas representaciones de las magas caballerescas como representantes de una magia humanizada y a la vez profetisas divinas.

<sup>23</sup> Al respecto, Cacho Blecua subraya cómo “el espacio del mago debe tener unas características especiales; por un lado se trata de una isla y por otro *no Hallado*, es decir un espacio utópico en el sentido etimológico de la palabra” (G. Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, *op. cit.*, II, 59, t. I, p. 839, nota 20).

<sup>24</sup> G. Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*. Ed. de C. Sainz de la Maza. Madrid, Clásicos Castalia, 2003, 181, p. 811.

como un espacio que acoge suntuosos edificios palaciegos;<sup>25</sup> sin embargo, es en la tercera parte del *Florisel de Niquea* que la representación de la isla llega a su más alto grado de experimentación ornamental. Los visitantes de la isla en esta ocasión son la emperatriz Niquea y otros príncipes cristianos, quienes, arrastrados por una providencial tormenta, asisten a la aparición de un islote mágico que sale de las profundidades marinas:

muy maravillados de tal dulçura se ponen albordo de la nao a mirar hazia aquella parte que la música oían, e vieron a poca pieça que assí estuvieron el mar herver hazia aquella parte que la música sonava con mucha espuma blanca. Donde encima d’ella infinito número de serenas pareció, que de la cinta para arriba hermosas donzellas eran y de la cinta ayuso eran pescados. Tenían en las manos harpas y otros instrumentos con que la música hazían y como una pieça sossegadamente tañessen y cantassen, trayendo las ondas del agua sobre sí, soltaron los instrumentos y a manera de delfines començaron a correr por el mar a todas partes, entretexiendo las unas por las otras, y levantándose del agua se tornavan hermosas aves, de suerte que en poca pieça todas se levantaron. Y andando chirriando con dulces cantillenas por cima del aire, vieron embaxo d’ellas donde se avían levantado començarse a descubrir una hermosa torre, yéndose apartando el agua, de suerte que fue descubriendo otras muchas torres en derredor de aquella principal a manera de un hermoso castillo.<sup>26</sup>

La facultad de la maga de controlar el acceso al lugar está aquí subordinada a una solución de tipo escenográfico, puesto que la isla emerge de los abismos dejando entrever

<sup>25</sup> La parte del relato a la que me refiero es la siguiente: “Esta es la Isla No Hallada de Urganda, nuestra tía, ca bien debéis creer que si por su voluntad no fuere, ninguno en el mundo la puede fallar, y por esso ovo este nombre; y aunque es pequeña, es la más rica y viciosa cosa. [...] Y no anduvieron grande trecho cuando vieron una fortaleza blanca como la nieve, que cuanto más a ella se cercavan mejor les parecía, ca después que fueron bien cerca vieron que toda era de mármoles blancos y bien tajados a maravilla. Era toda torneada de muy altas y espesas torres, cercada de altos muros y fuertes murallas, torneada de altas y hondas cavas” (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, fol. 11r).

<sup>26</sup> Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*. Ed. de J. Martín Lalanda, Alcalá de Henares, CEC, 1999, libro III, 75, p. 231.

poco a poco sus prominentes y bien labrados torreones. Mientras tanto, una suave música acompaña la visión, mientras que en el mar danzan unas criaturas prodigiosas que procuran extrema sorpresa en los navegantes. En fin, aparece un hermoso barco controlado por el sabio Alquife, quien conduce los héroes a visitar el interior de la isla, hasta llegar al castillo de Urganda y a sus hermosas salas. La maga entonces les explica a los príncipes cómo con grande trabajo ha aprendido un encantamiento que les permitirá vivir cien años más. Recibida la importante noticia, los personajes abandonan la isla a bordo de la Carraca de las Torres, una fortaleza que se desplaza en el agua.

El territorio de la Ínsula no Hallada, entonces, ha pasado por una reestructuración y una consiguiente refuncionalización dentro del contexto caballeresco hispánico. La imagen transmitida por Montalvo, sin romper con las antiguas refracciones del mito, ha sido adaptada a unas soluciones narrativas tópicas del género y se ha convertido en un enclave mágico *tout court*, que puede hospedar en su interior unos edificios y unos artefactos encantados. En otras palabras, podemos decir que la isla mítica, bajo el influjo de una sustancial racionalización, ha pasado a representar un lugar estructurante de la aventura caballeresca, la residencia de un mago protector, ilocalizable e inaccesible si no es por voluntad de su dueño. Y es justamente a partir de esta identificación de la isla inalcanzable con la residencia de un sabio benévolo, entre líneas ya sugerida por Montalvo, que los autores empezaron a desarrollar sus propias versiones de la isla inalcanzable, sin atender necesariamente a la misma onomástica amadisiana. Asistimos entonces en nuestros libros a la proliferación de varios espacios insulares con los más extraños nombres que, por ser ilocalizables, se convierten en la residencia de magos y sabios encantadores, manteniéndose aislados del espacio principal de acción de los personajes protagonistas. De tal manera, el tópico acaba por designar un espacio de la peripecia heterogéneo y flexible, que se

acomoda, según las exigencias, a distintas soluciones narrativas.

### Otras islas inalcanzables, residencia de sabios encantadores

Son diversos los ejemplos que se pueden traer a confirmación de esta adaptación del espacio mítico a un *antimundo mágico*, regido por los poderes de un sabio encantador.

El primer episodio que tomaré en consideración viene del *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva, séptimo libro del ciclo amadisiano, y me permite certificar cómo dentro del género se haya producido una sustancial identificación de la isla inalcanzable con un enclave encantado repleto de sensacionales artilugios mágicos y mecánicos. Como se recordará, a la altura del capítulo 86, Lisuarte y sus compañeros, quienes han sido maltratados por una espantosa tormenta, alcanzan “una ínsola, la más fermosa que podía ser, de muchas montañas e arboledas tan altas y derechas que espanto ponían de verlas”.<sup>27</sup> Se trata de la Ínsola de los Ximios, morada del sabio Alquife:

Como cerca de tierra fueron, vieron una barca y en ella estaban dos salvajes grandes y muy vellosos que muy crudamente una donzella açotavan, ella dava muy grandes gritos. [...] Los salvajes, como los vieron, dexando la donzella se echaron a nado por el agua y, metiéndose por entre los árboles en la ínsola, no los vieron más. Ellos yendo a la donzella por saber qué cosa fuesse, como cerca d’ella llegaron, ella se puso de pies sobre el bordo de la barca y de allí se dexó caer de cabeça en la mar, que no la vieron más. Ellos quedaron en frío.<sup>28</sup>

Nótese cómo, ya desde el principio, la aventura está caracterizada por el típico halo de misterio que califica

<sup>27</sup> Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia*. Ed. de E. J. Sales Dasí, Alcalá de Henares, CEC, 2002, 86, p. 197.

<sup>28</sup> *Idem*.

muchas de las aventuras mágicas dentro del contexto caballeresco: el acercamiento al lugar está supeditado a la intervención de una tormenta (que por ser tan impetuosa y repentina parece más bien obra de un encantador); mientras que la exploración de la isla, que desde la embarcación se parece a un fértil paraíso terrenal, pronto cede el paso a unos extraños acontecimientos. Entonces, los personajes participan a unas asombrosas visiones que preludian la aparición de los sabios Alquife y Urganda, quienes explican ser aquella una afectuosa y pirotécnica acogida concebida para entretenerles.

Los caballeros, entonces, son invitados a visitar los parajes de la isla. En un primer momento, Alquife admite sus huéspedes a su librería y les enseña sus preciosos volúmenes mágicos, prometiéndoles que las empresas de los caballeros cristianos serán recolectadas en una crónica que él mismo tiene intención de redactar y que verá la luz después de mil y trescientos años. En seguida, los personajes visitan el interior de la isla, donde reconocen varias especies animales exóticas: unos papagayos, unas aves raras y unos insólitos simios verdes. En fin, pasados diez días de regocijo, los caballeros se despiden de los magos y se embarcan nuevamente hacia la ciudad de Trapisonda.

El episodio es interesante por varias razones. Por un lado, el pasaje puede funcionar como lazo narrativo para justificar la redacción de un antiguo manuscrito que cuente las más famosas hazañas de los héroes protagonistas. Por otro, representa un potencial itinerario de pruebas caballerescas, si bien en la disposición de los magos no hay una verdadera intención de ensayar las habilidades de sus huéspedes. Como destacó Neri, la isla tiene, pues, la peculiaridad de desempeñar dos distintas funciones: una de tipo ornamental, apta al despliegue de aparatosas invenciones mágicas, otra de tipo metatextual, “que consiste en poner en relación el relato caballeresco en que el episodio se inserta con el ‘objeto libro’ que el lector tiene delante de



sus ojos”.<sup>29</sup> El sabio encantador se califica entonces como una figura que rige el desarrollo mismo de la narración, asumiendo alternativamente el papel de profeta/testigo y el de provechoso ayudante de los héroes protagonistas: ambas funciones en la aventura que acabo de comentar se entretrejen de modo natural y complementario.

La asimilación del elemento mágico al tópico de la isla inalcanzable convierte la residencia del sabio en un lugar retirado, un refugio. Es a partir de esta sugestión que otros autores abogan por transformar la isla del mago protector en un lugar apto al crecimiento del héroe, al amparo de los adversarios que atentan en contra de él desde su infancia. Por su lejana colocación, la isla inalcanzable representa el enclave ideal para el *fosterage*, un motivo folclórico que prevé el abandono del niño y su adopción por parte de unos padres sustitutos que lo crecen lejos de su hogar de origen. Sin embargo, como ha señalado Campos Rojas, la adaptación del motivo al contexto caballeresco se funda en circunstancias en parte novedosas, ya que al *fosterage* tradicional se añaden otros elementos, como el robo del recién nacido, la identificación del tutor con un mago protector y varias fases del aprendizaje, que se complementa también con una formación de tipo visual.<sup>30</sup> A estos elementos hay que añadir un cambio en la localización de la residencia del mago, que en ocasiones se coloca en el interior de una isla ilocalizable, ocultada a los enemigos a través de un poderoso encantamiento.

En la saga palmeriniana son frecuentes estas asociaciones. Se recordará, al respecto, que las tres hadas protectoras del *Palmerín de Olivia* vienen de una isla ilocalizable llamada Carderia, mientras que el sabio del *Primaléon* re-

<sup>29</sup> Stefano Neri, *Arquitecturas maravillosas en los libros de caballerías. Antología*, Alcalá de Henares, CEC, 2007, p. 177. Cf. también Stefano Neri, *L'eroe alla prova. Architetture meravigliose nel romanzo cavalleresco spagnolo del Cinquecento*, Pisa, ETS, 2007, pp. 90-92.

<sup>30</sup> Axayácatl Campos García Rojas, “El niño robado y su aprendizaje visual en los libros de caballerías hispánicos: pinturas y estatuas ejemplares”, *Memorabilia: Boletín de Literatura Sapiencial*, 12, 2009-2010, p. 250.

side en la Isla Cerrada, un lugar cuyo nombre conserva indeleble la memoria de la onomástica del mito de la isla inalcanzable. Asimismo, en las páginas del *Platir*, tercer libro de la saga, se cita una isla escondida de la cual es dueña la sabidora Nagancia, hija de un famoso encantador. La mujer está enamorada de Triogo, primogénito del emperador de Persia, y gracias a un encantamiento consigue llevar a su amado a la Isla de Ircán para vivir allí juntos; sin embargo, una punición divina lleva a Triogo a la muerte y Nagancia acaba por ser acusada de traición. Viendo que el emperador quiere tomar venganza sobre ella, la mujer decide entonces recurrir a sus conocimientos mágicos para esconderse a la vista de sus opositores. El encubrimiento de la isla de Ircán se describe de la siguiente manera:

acordó de encantar la isla de Ircán de tal manera, que nadie la pudiese fallar sino aquel o aquella que ella quisiese. Y d'esta manera les avino, que muchos cavalleros del Emperador por su mandado fueron allá y nunca toparon con ella, [...]. Y nunca pudo él acabar de creer aquellos cavalleros que él allá embiava fasta que él mismo en persona se puso en camino y pasó mucho afán a unas partes y a otras, mas por esso el buen Emperador nunca topó con la isla.<sup>31</sup>

Una isla del imperio, colocada a través de varias rutas de mercaderías, ha sido transformada en un lugar al que no se puede acceder si no es por la voluntad de su dueña. Por ello, Ircán se convierte asimismo en un resguardado enclave que será apto para la formación de los nuevos héroes cristianos. Nagancia, en efecto, con el fin de curar las aficciones de amor que su hija siente hacia Don Duardos, orquesta el rapto de Platir para llamar a la isla todos los más preciados caballeros cristianos. Entonces, en la espera de la venida de Don Duardos, se concreta en la isla de Ircán la formación del infante, que es seguido por la maga y Lambor, “mayor esgrimidor que en todo el imperio de Gre-

<sup>31</sup> Francisco Enciso de Zárate, *Platir*. Ed. de M. C. Marín Pina., Alcalá de Henares, CEC, 1997), libro I, 5, p. 24.

cia se fallava”.<sup>32</sup> El príncipe Platir, además de aprender a cabalgar y a cazar, se cría allí con grandes vicios por parte de Nagancia, quien para aliviar las penas de su hija practica unos extraordinarios encantamientos: empiezan a surcar el cielo de la isla hasta los “açores de Irlanda”, una especie que el narrador asegura no criarse en esa tierra, mientras que en los campos los labradores hallan unas monedas “del cuño de Inglaterra” que deberían presagiar la inminente llegada del caballero amado.

Como se puede ver, la residencia de la maga ha pasado, por efecto de una sustancial reelaboración de sus funciones, a constituir el escenario de un momento fundamental de la iniciación caballeresca. El narrador, por un lado, aprovecha el completo aislamiento del lugar para asegurar la protección de Platir de las injurias de la malvada Galaria, quien había manifestado la intención de secuestrar al niño en tierna edad sustrayéndolo a un heroico destino;<sup>33</sup> por otro, explota la estancia en la isla, apta para el crecimiento y la formación del príncipe, para introducir unos sensacionales encantamientos. Además, vienen a coincidir dentro de un mismo espacio insular distintos hilos de la intriga, que les son útiles al autor para reanudar las precedentes aventuras del ciclo, pero también para asegurar el avance de la trama, que se enriquece con la llamada allí de otros caballeros del bando cristiano y con la introducción de nuevos elementos mágicos.

Si pasamos a los últimos fragmentos de nuestro breve itinerario, se notará cómo la adaptación del tópico de la isla inalcanzable al contexto de los libros de caballerías siempre pasa por una amplificación de los recursos mágicos.

Considérese, por ejemplo, la descripción de la Isla Bel “la Encubierta” que se da en las páginas del *Leandro el Bel*, segundo libro del Caballero de la Cruz. Esta vez la isla es en principio un lugar maléfico, subordinado a los poderes del malvado mago Torino, quien desde su castillo procura

<sup>32</sup> *Idem*.

<sup>33</sup> *Ibid.*, libro I, 3, pp. 17-18.

la vejación de todos sus habitantes. En las primeras aventuras del libro, sin embargo, el emperador Lepolemo consigue matar al pérfido encantador: le concede entonces el señorío de la isla al sabio Artidoro, el benévolo encantador testigo de las futuras empresas del príncipe Leandro.

El sabio Artidoro, al ser alzado rey de la isla, practica allí varios encantamientos:

lo primero que hizo fue acabar muchas mercedes a aquellos que vía que mejor las merecían, por lo cual de todos era muy amado. [...] hizo tantas y tan estrañas cosas en la isla, assí de ricas fuentes y espessas arboledas como de diversidades de animales, que de otras partes truxo, como de maravillosos encantamientos, por lo cual fue la más estremada isla del mundo y de mayores tratos de mercaderías. Assimismo fabricó por su arte una casa con un vergel de la forma que en su lugar se dirá.<sup>34</sup>

Por un lado, la isla tiene el aspecto de un espacio fértil en que crecen diversas especies vegetales y moran varios animales; por otro, es un puerto mercantil, un lugar al que acuden los navegantes para comerciar todo tipo de materiales preciosos. Pero sobre todo representa un enclave encantado, residencia de un mago capaz de administrar sus artes para la elaboración de poderosos hechizos. El mayor de ellos es el encantamiento de la entera isla “para que no pudiese ser hallada sino de quién él quisiese, por lo cual fue llamada de aí adelante la Isla Bel la Encubierta, y él fue llamado el Sabio Artidoro de la Isla Encubierta”.<sup>35</sup> La imagen es la de una isla que puede comparecer sólo al antojo del sabio encantador, cuyo nombre evoca todo un conjunto de islas inalcanzables, desde la isla Perdida de los relatos antiguos a las caballerescas Ínsula no Hallada amadisiana e Isla Cerrada del *Primaleón* de que ya hablamos.

La Isla Bel, asimismo, se nombra unos capítulos después cuando Leandro, todavía infante, será raptado por el

<sup>34</sup> Pedro de Luján, *Leandro el Bel*. Toledo, Miguel Ferrer, 1563, 9, fol. 8v.

<sup>35</sup> *Idem*.

sabidor y será llevado a la isla a bordo de una nube para quedar al amparo de sus malvados enemigos. En tal ocasión, el narrador se detiene en relatar las características del lugar encantado, con su jardín cuya fertilidad recuerda las representaciones del paraíso terrenal.<sup>36</sup>

Todo el jardín era de fructíferos árboles cubierto, cargados de maravillosas y sabrosas frutas que jamás dexava en todo el año de tener así las olorosas flores como el fruto. Allí no faltan los hermosos naranjos con los frescos limones, los provechosos olivos y fermosos laureles, y derechos acipreses y encumbradas palmas, con tantas diversidades [de] páxaros de todas maneras. [...] otras de aquellas aves se llegavan a las claras y cristalinas fuentes que allí estaban, deleitándose de bañarse en aquellas claras y cristalinas aguas que allí corrían, salidas unas de alabastrinas figuras otras de oro y plata y otros metales.<sup>37</sup>

Justo al lado del jardín, el encantador implanta un bosque, rico de todo género de animales, y una hermosa morada, hecha de alabastro y jaspe, cuyas paredes “eran figuradas de historias de mil maneras, así de sabrosos amores como de rigurosas batallas, porque viendo aquello los príncipes que allí se avían de criar, se animassen y recreassen en aquello”.<sup>38</sup> Se trata pues de un lugar apto al crecimiento de los caballeros noveles, donde se concreta el motivo del *fosterage* así como ya se ha tratado en estas páginas. En el *Leandro*, sin embargo, el motivo de la protección del infante —que sigue estando presente en relación con las artes proféticas de Artidoro— está supeditado al despliegue de todo un conjunto de aparatosas invenciones mágicas, como la creación de esplendidos edificios y jardines, que dotan la narración de ricos efectos visuales y cromáticos.

<sup>36</sup> Para el estudio de los jardines en los libros de caballerías remito al trabajo de María del Rosario Aguilar Perdomo, “‘Espesuras y teximientos de jazmines’: Los jardines en los libros de caballerías españoles, entre lo medieval y lo renacentista”, *eHumanista. Journal of Iberian Studies*.

<sup>37</sup> Pedro de Luján, *Leandro el Bel*, *op. cit.*, 10, fols. 11v-12r.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 10, fol. 12r.

Por otra parte, netamente distinta es la representación de la isla inalcanzable que se da en el *Palmerín de Inglaterra* (1540-1544), porque en la obra se describe la ocupación de la isla inalcanzable por parte de una hechicera malvada.

Al respecto, se recordará cómo, a la altura del capítulo 58, Palmerín viaja a bordo de un barco encantado y alcanza la Isla Peligrosa, residencia de la maga Eutropa:

Y otro día, en amanesciendo, se alló al pie de una roca frágosa y alta que el mar por espacio de tiempo tenía hecha isla, a su parecer despoblada porque en ella no avía otra cosa sino árboles espesos y altos, esto cuanto a lo que de fuera juzgava. Y saltando del batel en un puerto que entre dos altas rocas se hazía començó a subir por un pequeño y estrecho camino que en la aspreza de la roca se hazía.<sup>39</sup>

Al final del camino, el caballero encuentra un castillo repleto de varias pruebas infernales, donde consigue matar a la temerosa nigromante, que muere ahogada entre horrendos gritos y amenazas. Se relata, pues, por boca de un súbdito de la maga, la naturaleza de ese extraño lugar: aquella isla es la famosa Ínsula no Hallada, un tiempo residencia de la sabia Urganda la Desconocida y ahora dominio de la maga Eutropa, quien había implantado allí sus temerosos encantamientos “con propósito de todos los caballeros que a ella viniessen de hazellos matar o prender para satisfacción de su desseo”.<sup>40</sup>

La isla, en el episodio que consideramos, acoge pues los patrones narrativos típicos de la aventura, siendo el lugar donde se mantiene una práctica anticortesana que el caballero es llamado a extirpar; a la vez, no obstante, su mismo espacio se desforma, hospedando arquitecturas encantadas y varias pruebas mágicas que van prolongándose una tras otra.

<sup>39</sup> Francisco de Moreas, *Palmerín de Inglaterra*. Ed. de A. Vargas Díaz-Toledo, Alcalá de Henares, CEC, 2006, 58, p. 121.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 58, p. 126.

Finalmente, el escenario de la isla inalcanzable demuestra su extrema ductilidad. En principio, a través del recuerdo del espacio bretón, el mito ha sido adaptado al universo narrativo de los libros de caballerías manteniendo un carácter feérico y un halo de trascendencia. Sin embargo, con el tiempo y en mano de otros autores, el tópico se complica, engarza distintos motivos y se adapta a los patrones más difundidos y apreciados del género. Las representaciones insulares de los libros de caballerías revitalizan, pues, el mito y, a través de su disfraz, definen un espacio maravilloso apto a la resolución de varios momentos de la peripecia, como son el crecimiento del héroe y la aventura de pruebas caballerescas.

El tópico acaba así por ser un receptáculo de motivos muy variados, dependiendo de la época y del contexto cultural en que se produce su reactivación. Si, por un lado, las nuevas interpretaciones que se dan del espacio insular inaccesible en los libros de caballerías resultan alejadas de las que conformaron su imagen a lo largo de los siglos, por otro, habrá que asumir que esta literatura fue un producto popular, que pudo responder a los intereses de un público muy variado. Y es justamente en el encuentro de los dispositivos novelescos tradicionales con la sensibilidad de los tantos lectores del género que deben buscarse las razones de su larga vitalidad y difusión.